sufrir; y también se valieron de las rodelas de los indios, porque con el mucho pelear presto perecieron las suyas, y eran muy galanas, hechas de palo y cuero, con pluma, y otras tejidas de caña con algodón y eran las mejores porque no hendían. Iba el campo en muy gentil orden repartido en sus escuadrones, no en hileras ordenadas sino apeñuscados y en cada uno sonaban muchos caracoles, bocinas y atabales que era cosa de ver, porque nunca castellanos vieron tan grande y numeroso campo después que las Indias se descubrieron. Pusiéronse los enemigos muy cerca de los castellanos, una barranca en medio. Gran alegría fue la que mostró Fernando Cortés en verlos, y dio a entender a los suyos que Dios les presentaba aquella ocasión para mayor gloria suya y honra de la nación castellana con que había de espantar no sólo a Motecuhzuma sino a todo aquel orbe. Los tlaxcaltecas muy ufanos con tan gran ejército y poderoso, confiados en el poco número de los castellanos, orgullosos, como acostumbrados a tener victoria de sus enemigos, con mucha confianza y soberbia decían: ¿Quién son éstos tan presuntuosos y tan pocos, que a nuestro pesar piensan entrar en nuestra tierra? Y porque no piensen que los queremos más tomar por hambre que vencerlos con las armas, enviémoslos de comer que vienen hambrientos y cansados para que después del sacrificio los hallemos sabrosos. Enviaron trescientos gallipavos, doscientas cestas de bollos de zentli, que ellos llaman tamales, que pesarían doscientas arrobas de pan, que fue gran socorro para los castellanos, según la necesidad en que se hallaban.

CAPÍTULO XXXII. *De tres batallas que los castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla, y otras cosas que con ellos sucedieron*

UANDO PARECIÓ A LOS TLAXCALTECAS que los castellanos habrían comido con grandes fieros, Xicotencatl mandó que dos mil hombres fuesen a los castellanos diciendo: id a tomar aquellos hombres rebosados o vomitados de la mar y si se os defendieren matadlos y mirad que hagáis como valientes, pues sois la flor de nuestro ejército y vais a pelear por los dioses y por la patria. Pasaron los dos mil animosamente la barranca y con mucha osadía llegaron a la torre. Salieron a ellos los de a caballo y siguieron los infantes y al primer encuentro conocieron los tlaxcaltecas cuánto valían las armas castellanas. Retiráronse un poco, pero volvieron con doblada furia y acabaron de desengañarse que no convenía menospreciar tanto aquellos pocos; salváronse los que acertaron con el paso de la barranca, los demás quedaron muertos. Los capitanes del ejército, viendo lo que pasaba, con temeroso alarido envistieron con todas sus fuerzas y con tanto atrevimiento que muchos indios llegaron al cuartel y entraron algunos a pesar de los que lo defendían, y anduvieron a brazos y cuchilladas con los castellanos; y por la multitud de los enemigos fue este día muy peligroso,

porque se peleó en la trinchea y fuera más de cuatro horas, primero que pudiesen hacer plaza cargando con atrevimiento los indios, valerosa y porfiadamente, hasta que viendo los muchos muertos aflojaron, espantados de ver que no mataban a ningún castellano, teniéndolo por cosa prodigiosa y terrible y como enojados de sí mismos rabiando peleaban; pero siendo ya tarde se retiraron del todo. Durmieron los castellanos aquella noche más contentos de saber que los indios no peleaban con la obscuridad de la noche, que con la victoria aunque con buena guarda. Los indios no por esto se tuvieron por vencidos, aunque no se supo cuántos fueron los muertos, porque con grandísima diligencia en cayendo muerto el hombre le arrebataban y escondían. Juzgóse que lo hacían por no desanimar a los suyos y dar ánimo a los enemigos.

Fernando Cortés, el siguiente día, salió a la campaña, quemó algunos pueblos y saqueó uno de tres mil vecinos, adonde había poca gente de guerra, porque la mayor parte estaba en el ejército; con todo eso pelearon como por sus casas y haciendas, aunque les aprovechó poco porque murieron muchos. Púsose fuego al lugar, lleváronse muchos presos y se volvieron al ejército; al socorro acudía mucha gente, la cual de miedo de los tiros y cansada por el gran calor se retiró luego. El siguiente día pareciendo a los tlaxcaltecas que en lugares angostos se podrían más aprovechar de los castellanos, con palabras de soberbia, como las pasadas, les enviaron comida, deseando que salieran de las trincheas a parte angosta como deseaban; pero con todo eso valerosamente embistieron. Pelearon cinco horas con mucho coraje, sin poder matar ni prender a ningún castellano, que era lo que más deseaban y procuraban. Murieron de ellos infinitos porque, como estaban apretados, el artillería, las escopetas y ballestas hacían gran riza. Finalmente, después de muy cansados, mohínos y corridos de no haber podido ejecutar su ira, se retiraron desordenadamente, diciendo que los castellanos debían de ser encantados, pues tan poca ofensa recibían de sus armas. Otro día de mañana los capitanes enviaron a sus mensajeros que dijeron a Fernando Cortés: señor, si eres dios bravo, cata aquí cinco esclavos para que comas; y si eres dios bueno, ofrecémoste encienso y pluma; y si eres hombre toma estas aves, pan y cerezas, que tú y los tuyos comáis. Era su intención saber si los castellanos eran hombres como ellos, porque de no haberlos podido vencer o matar alguno, juzgaban que eran inmortales; y viendo por otra parte que comían y hacían las demás cosas que los mortales estaban confusos. Fernando Cortés, cuya discreción en nada faltaba, dijo que todos ellos eran hombres mortales, como ellos, compuestos de las mesmas calidades y que porque creían a un solo y verdadero Dios, y le servían, los ayudaba y ayudaría siempre; y que no le tratasen mentiras, pues todas habían de resultar en su daño, y que pues no les deseaba hacer más daño sino ser su amigo, no fuesen porfiados. Con estas palabras dichas blandamente los despidió, dándoles gracias por el presente. Fueron otro día hasta treinta mil tlaxcaltecas, deseosos de señalarse más que los pasados; pelearon tan bravamente que fue batalla más reñida que las pasadas, pero al cabo se retiraron afrentosamente; y es de conside-

rar que en diez días que en aquel alojamiento estuvieron los castellanos, los más de ellos proveían los indios de pan, gallinas y cerezas, sólo para considerar la orden del ejército y su asiento, si vían enterrar muertos o curar heridos y si estaban con más o menos fuerzas y qué semblante tenían; pero esta intención no la echaron de ver luego los castellanos, antes alababan a los indios, porque peleaban con solas las armas; porque si la comida les quitaran les hicieran gran daño, siempre que llevaban la comida decían que eran los bárbaros otomíes y no tlaxcaltecas los que peleaban. En una de estas batallas un indio tlaxcalteca, galán y bien armado, peleaba tan valerosamente con dos castellanos que les daban en qué entender, hasta que Lárez el herrador diciendo, vergüenza castellanos, cerró con el indio y aunque con fiereza le aguardó con su espada y rodela, le dio una lanzada por el pecho que le mató. Con todo eso era tan grande la valentía de los tlaxcaltecas y sin número su multitud que todos juzgaron que era el divino favor el que los ayudaba y no valor humano.

CAPÍTULO XXXIII. *Que los de Tlaxcalla envían a espiar el ejército de Cortés; y que salió a la campaña y dio sobre los de Tzimpantzinco y castigó ciertas espías; y se vuelve Xicotencatl a Tlaxcalla*

O HABÍA DE LA TORRE Y alojamiento castellano a la ciudad de Tlaxcalla más de seis leguas, y cada día sabía la señoría lo que pasaba; y porque todo su deseo de los tlaxcaltecas era vengarse de los castellanos viendo el poco remedio que con la fuerza tenían. Volvieron el ánimo a la industria y para más asegurar los castellanos y darles muestras de paz, enviaron algunos principales con un presente de oro y pluma (que para Tlaxcalla, adonde de todo esto había falta, era mucho). Hicieron gran acatamiento a Fernando Cortés y el más anciano le dijo que la señoría le besaba las manos y enviaba aquel pobre presente y que no era mayor por falta de voluntad sino por la pobreza de su tierra y que si otra cosa mandaba le servirán de buen corazón. Creyendo Cortés que aquella embajada era verdadera, muy alegre, les dijo que aunque estimaba en mucho el presente tenía en más su voluntad, y que nada más deseaba que tenerlos por amigos. Dioles algunas cosillas de Castilla que tuvieron en mucho. Enviaron los tlaxcaltecas otro día cincuenta indios que en su manera parecían honrados; llevaron mucha comida, preguntaban cómo estaba la gente y qué pensaban hacer. Dijo Cortés que todos estaban buenos y les agradeció el presente. Y como hombres que tenían familiaridad andaban por el cuartel mirando su asiento, considerando las armas, el traje y lo demás con los caballos, fingiendo espantarse de todo (aunque a la verdad la extrañeza y novedad de las cosas pedía admiración en ellos); y mirando en ellos teutl de Cempoalla, dijo a Fernando Cortés que entendía que aquellos hombres